EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

¡MADRE MÍA!

CUADRO ÍNTIMO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(Sucesor de Hijos de A. Gullón)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1898

¡MADRE MÍA!

¡MADRE MÍA!

CUADRO ÍNTIMO EN UN ACTO

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO

escrito expresamente para **Don Fernando Díaz de Mendoza** y estrenado á beneficio de dicho eminente actor, en Barcelona, el día 8 de Julio de 1898



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1898

PERSONAJES

CARLOS....................	Sr.	Díaz de Mendoza.
LA DUQUESA................	Srta.	Cancio.
MANUEL....................	Sr.	Carsí.

ACTO ÚNICO

Cuarto de dormir de un soltero elegante. En el fondo cama. A la derecha de ésta puerta de entrada. A la izquierda otra puerta que se supone va al interior del hotel. Á la izquierda del actor, gran chimenea encendida, y delante de ésta, de espalda al público, un sillón ó butaca muy grande, para que el público no vea durante el acto á la Duquesa, que estará durmiendo en dicho sillón. Hágase de tal modo que de ningún lado del teatro se vea la figura hasta un momento determinado, si no, no hay efecto final. Lo mejor será tapar el sillón con un biombo chico. A la derecha del actor ventana baja practicable. A la derecha también, en primer término, un velador ó mesita donde se pueda cenar. Por las sillas y muebles, ropas, bastones, etc. Sobre la cama un batín ó «coin de feu», que el actor se pondrá á su debido tiempo. Sobre un mueble cualquiera tintero, papel y pluma. Al levantarse el telón la escena está casi á obscuras, alumbrada por una lamparilla que habrá sobre la chimenea ó en cualquier parte. En el centro de la escena suspensión de luz eléctrica, para dar luz cuando se indica en el diálogo. Manuel estará abriendo y preparando la cama. Hágase muy despacio. En un reloj de la vecindad se oyen sonar los cuartos y luego las dos.

ESCENA PRIMERA

MANUEL, después de abrir la cama

MAN. Va á ser un disgusto horroroso, pero yo no descubro á la señora por nada del mundo. Ella es la dueña de la casa, está muy enferma, y además no lleva uno sirviéndola quince años para faltar á su deber... El señorito

se incomodará, me llamará bestia, animal... lo aguantaré, con tal de que no me ofenda... Porque... bueno que le digan á uno ¡bruto, estúpido, animal, burro! ¡Pero insultar, no! ¡Eso no! (Pausa.) Le esperaremos. Las dos. Y su madre que creía que se acostaba á las doce. ¡Pobre señora Duquesa! (Se sienta.) Allá arriba en el primer piso del hotel, tan enferma como está, no sabe lo que pasa aquí abajo... El ruido no se oye... Y cree que su Carlitos es un santo... ¡Claro! Las señoritas no van á denunciar á su hermano .. ¿Pero quién será el que ha descubierto el pastel? Ello es que la señora Duquesa ya está enterada de la vida que hacemos... ¡porque yo también la hago, por fuerza! Y la señora se agravó ayer, y... en fin, esto va á ser lo que llamamos el acabóse... Luego lo pagaré yo, y será aquello de llamarme imbécil, bárbaro, zafio, sin vergüenza... pero, en fin, con tal que no me insulte... todo va bueno. (Tocan con un bastón en la ventana.) ¡Ya está ahí!

CAR. (Desde fuera.) ¡Manuel!

MAN. ¡Señor! (Abre la ventana.)

CAR. (Idem.) Toma eso y abre la puerta. (Aparece por la ventana una guitarra que coge Manuel.)

MAN. ¡Bueno! ¡Tenemos juelga! ¡Vaya una visita á las dos de la mañana!

CAR. ¡Abre, animal!

MAN. ¡Voy, señor, voy! (Coge la bujía y va abrir; mientras va se oyen en la calle voces y carcajadas; se supone que han acompañado varias personas á Carlos. Hablen y rían varios, y óiganse las palabras «¡Buenas noches! ¡Hasta luego! etc.»

ESCENA II

CARLOS. MANUEL

CAR. (Carlos viene vestido de frac, cubierto con un makferland, y trae en cada mano una botella. Viene ligeramente, muy ligeramente, borracho; es decir, que no resulte ordinario en su borrachera. Manuel le trae-

dulcemente cogido por el brazo y le quita el makferland. Carlos va á sentarse junto á la mesa, dejando en ella las botellas.) ¡Brrrr! (Como el que está soporífero, cansado.) ¡Bueno, me alegro!... ¡Y al que le parezca mal, que se eche fuera! ¡A mí no me asusta nadie! ¡Y la niña, la niña es para mí, porque le gusto yo! ¡Eso es, le gusto yo! ¡Hombre da luz, no seas bruto!

MAN. (Da la luz eléctrica.)

CAR. ¿Quién ha venido?

MAN. (¡Si supiera él quién ha venido!)

CAR. ¿Quién ha estado ahí?

MAN. Nadie, señor.

CAR. ¿No hay cartas? (Al decir esto, se arranca la flor del ojal y la tira. Se quita de un tirón la corbata.)

MAN. Sí, señor; aquí hay tres.

CAR. ¡Vengan! (Muy alto.) ¡Quítame estas botas!

MAN. ¡Chist!

CAR. ¡Uf! ¡Me estoy asando! Trae .. eso. (Se quita el frac.) Trae la... la cosa esa... el... ¡Vamos, hombre, no seas pelma!... (Manuel le pone el batín ó chaqueta de casa.)

CAR. ¡Bueno! (Mirando fijamente á Manuel, y de pie.) Manuel, se me figura que estoy un si es no es, más si es que no es, alumbrado.

MAN. Sí, señor: me parece que sí; pero no mucho; por esta noche el señor... *se entera.*

CAR. Dame á oler el frasquito aquel que despeja. (Manuel trae el frasco de sales inglesas. Carlos lo huele.) No, el otro, el que compramos en Londres. (Manuel trae otro. Hagase esto deprisa.) ¡Aaah! ¡Este es muy bueno; éste, este es el bueno! ¡Emborracharme á mí todos esos curdas de profesión! Eso quisieran, para birlarme la chiquilla... (Paseando muy contento por por el cuarto.) Aquí la traigo, y aquí se va á armar el *bochinche* del siglo, como dice aquel cubanito amigo mío. (Paseando y cantando.)

«Abreme la puerta,
puerta del hotel »

MAN. ¡Señor! (En voz baja.)

CAR. ¡Si no se oye nada! ¡Ya sabes tú que antes que darle un disgusto á mi madre, me mato! ¿Ha oído estas noches pasadas el piano de ese

cuarto, ni el alboroto que armaron mis primos, ni la bronca del día de mi santo? Arriba no oyen, no tengas cuidado. (Paseando y muy contento.) Sí señor, esta noche ha de haber aquí representación extraordinaria, corrida de Beneficencia. Manuel, antes de una hora vas á ver la mujer más despampanante de la Europa moderna.

MAN. ¿Aquí? (Aterrado.)

CAR. ¿Aquí? (Imitándole.) No será la primera vez; no seas hipócrita. Una personita pretendida por una porción de valientes... ¡Pues es para mí! Tú no lo sabías, ¿eh? Pues es para mí. Trae el frasquito. (Vuelve á oler.) Sí, gran Manuel. (Sentándose.) Tú dices que me has visto nacer, cosa que dudo y niego, porque yo supongo que ni el Duque, mi padre, ni el comadrón dirían: á ver, que venga Manuel á ver cómo sale al mundo el señorito.

MAN Yo quiero decir...

CAR. Bueno, bueno, tú quieres decir que desde que era niño estás á mi servicio, ¿no es eso? Pues á tí bien te puedo decir, supuesto que sabes, conoces, intervienes, tapas, ocultas, manejas, resuelves, atas y desatas todos mis enredos...

MAN. ¡Ah! ¡Sí, señor!

CAR. Que estoy una miajita, una *mijita*, como dice mi amigo el *Chanclas*, el picador, una mijita enamorado de aquella que vino la otra tarde á preguntar por mí. ¿Eh? ¿Qué te pareció á tí de la tal *sujeta?*

MAN. Bien parecida.

CAR. Nada más, ¿eh? (Levantándose.) ¿Nada más que bien parecida? ¿Qué querías, que viniera á buscarme la Cibeles?

MAN. Es que la Cibeles es más guapa.

CAR. ¡Bien parecida! No tienes gusto.

MAN. ¿Es acaso de ella esta carta que ha traído una mujer muy ordinaria?...

CAR. ¡Ah! ¡Las cartas! Dame. (Vuelve á sentarse, y advierto que desde que entra en escena, Carlos ha de estar sentándose, levantándose, agitado, y en esto más que en nada, se ha de notar la media borrache-

ra, y no en ademanes violentos.) ¡Una carta! ¡A esto llamas tú cartas! ¡No tengo yo dinero! ¡Ya lo sabes! No tengo dinero. He perdido un dineral este mes; no sé de qué te ha servido viajar por Inglaterra conmigo; viene un inglés y no lo conoces.

MAN. ¡Vienen tantos!

CAR. ¡Pues no tengo dinero!

MAN. Hoy vino uno y quiso subir...

CAR. ¿A quejarse á mi madre? (Levantándose muy airado.) ¿Quién es? ¿El sastre? ¿El maestro de coches? ¡Algún mozo del Casino! ¿Subió? ¡Dímelo por Dios! ¿Ha subido?

MAN. No señor, pero á ese hay que pagarle.

CAR. ¡Sería una infamia!

MAN. ¿Pagarle?

CAR. Subir á disgustar á mi madre. ¡Y pagarle también! No pagues nada, dí que lo he dado todo para la suscripción nacional.

MAN. El señor no ha dado mas que cien pesetas.

CAR. Pues que me paguen las cuentas los que no han dado nada. ¡Vaya unas cartas! ¡Ah! De la condesita del Mirlo. . (Riendo.) ¡Pobrecilla! No, yo no quiero á nadie. Y si me enamoro será de esta, de esta que espero, de la *Pelitos*, de la señorita Pelitos, de la ilustrísima señora Pepa la *Pelitos*... ¡Já, já, já! Ya verás, ya verás la que se va á correr aquí esta noche.

MAN. ¡Señor!

CAR. No veo más cartas. (Las rompe.) O cuentas ó sablazos ó ternezas de la condesita... No, no, y no. ¡A ver! ¿Has comprado la merienda para las carreras de mañana?

MAN. Ahí está el cesto del *mail-coach* (Señalando á un rincón.)

CAR. ¿De modo que tenemos provisiones de boca?

MAN. ¡Ya lo creo!

CAR. Pues ahora mismo me pones aquí de qué cenar. Mis amigos han ido á buscar á la *Pelitos* y á los cantaores, y de aquí saldremos todos en forma de estrella por la ventana.

MAN. Pero, señor.

CAR. ¡Me da la gana!

MAN. ¡Una juelga en la propia casa!

CAR. En la propia casa.

MAN. (Se va á enterar. ¡Se va á morir de pena!)

CAR. ¡La cena! (Paseando nervioso.)

MAN. ¿No armarán mucho ruido?

CAR. El que puede armar una guitarra y un poco de cante... (Manuel esta sacando del cesto paquetes) Ponme ahí un pollo, un pastel de foie-gras y vino del mejor... y dame un vaso, que tengo sed...

MAN. ¡Señor, por Dios!

CAR. ¡Me da la gana!

MAN. ¡Bueno, pero en voz baja!

CAR. (Riendo.) Por ahí te ha dado á tí esta noche! ¡Anda, dame de beber en voz baja! ¡Pon la sordina! (Manuel le da de beber, Carlos paladea el vino de Jerez y queda en pie diciendo.) Subir á reclamarle á mi madre... en cuanto sepa quién es el pillo ese, lo pateo. (Pausa. Con viveza.) En fin, acabemos, me aburro, es muy tarde, esa gente no viene, vas á ir por ellos.

MAN. (¡Ay que apelar á los grandes recursos!)

CAR. Yo necesito divertirme... No puedo pasar ni diez minutos sin divertirme... para mí la diversión es un medicamento... (Cogiendo á Manuel por el cuello de la levita ó librea y achuchándole entre cariñoso y borracho.) ¡Ah, señor don Manolín, venerable mamarracho de mi corazón! Usted no quiere que su amo se divierta, ¿eh? Pues esta noche va usted á tomarla también... ¡Já, já, já! ¡Qué feo te pones cuando te enfadas; anda, anda á buscar á los cantaores, echa á correr, viejito! (Va á caer sobre la silla que hay junto á la mesa. Manuel se arregla el cuello, toma una actitud resuelta y dice.)

MAN. Señor, tengo que hablar con el señor con toda formalidad.

CAR. ¡Hombre! (Cómico.)

MAN. Tengo que decirle cosas muy graves.

CAR Vaya, pues siéntate mientras viene la Pelitos, anda.

MAN. ¿Sentarme yo?

CAR. Pues no te sientes, haz lo que te dé la gana. ¡Buen Jerez! (Yendo á tomar otra copa.)

MAN ¡No, por Dios!

CAR. (Alarmado) ¿Pero qué demonios te pasa?

MAN. Me pasa que tengo sesenta y dos años, soy el criado más antiguo de la casa, he visto nacer al señor...

CAR. ¡Mentira! (En broma)

MAN. ¡Déjeme hablar! Y no puedo consentir que se diga que mi señor es un perdido.

CAR. (Levantándose de un salto.) ¡Te voy á tirar por la ventana!

MAN. ¡Sí, señor, sí; pero después que hable!

CAR. Nunca le he visto así... (Procurando serenarse un poco.)

MAN. Aquella formalidad de esta casa en tiempos del señor duque (que en paz descanse); aquella tranquilidad de este hotel, para que la señora Duquesa enferma no empeorara; aquellas ideas cristianas heredadas; aquel afán de estudiar y de trabajar que tenía usted á los veinte años, todo eso se lo han llevado los demonios; la casa está dividida en dos: arriba, la señora Duquesa, muriéndose; abajo, el señorito, cantando y bebiendo, la canalla entrando en una casa noble, yo pasando por cómplice de cosas reprobadas... la señora Duquesa sospechando lo que sucede.

CAR. (Muy vivo.) ¡No, eso no!

MAN. ¡Eso sí! Y como yo no puedo ni debo ver nada de eso, me voy, y me voy ahora mismo, con lágrimas en los ojos, como el que deja su propia familia... Pero me marcho, me marcho... ¡Esto se ha concluído! (Se va hacia el foro. Carlos ha sentido el efecto de este sermón, reflexiona, pugna por disipar los vapores del vino, y dice:)

CAR. ¡Manuel! (Manuel, que se habrá detenido en la puerta, baja.) Manuel, debería echarte á puntapiés; pero como te quiero mucho y nadie me ve hablando en la intimidad con mi criado, voy á responderte. Verás. (Va á coger la copa de Jerez. Manuel se ábalanza á quitársela de la mano, y le dice medio de rodillas:)

MAN. ¡No, por Dios! (Carlos reconoce la buena intención, y le dice:)

CAR. Por Dios y por ti ¿Desde cuándo, di, desde cuándo soy yo eso que tú, abusando de tus años y de mi bondad, llamas *un perdido?* (Aquí ya toma todo el parlamento carácter francamente dramático) ¿Di, desde cuándo?

MAN. Señor...

CAR. ¡Tú ya lo sabes! ¿No era yo el modelo de un hijo? ¿No era estudioso, serio, ordenado, tranquilo? ¿Había dado jamás un disgusto á mis padres? ¿Me queríais todos? ¡Todos, incluso tú, que ya no me quieres nada! (Manuel quiere hablar, pero Carlos no le deja.) ¡Calla! ¿Qué ha pasado? ¿Qué cambio se ha operado en mí? Ya lo viste, mi padre quería casarme con mi prima, rica, tres veces grande de España, podrida de dinero, pero muy fea, sí, hombre, sí, muy fea. ¡A mí me repugna lo feo! Me enamoré de una muchacha pobre, de la clase media, *una cursi del Prado*, como decía mi señor padre, pero muy hermosa, ¡oh, sí, muy hermosa! Quiero darle mi nombre, mi fortuna, mi título, mi vida y mi alma, y se arma aquí un escándalo, y mi padre se enoja y echa de Madrid á Cuba al padre de mi novia y á toda la familia, y allí se habrán muerto ó los habrán matado á todos, y á pesar de mi santa madre, que quería darme gusto, mi padre me intercepta las cartas, me amenaza, me persigue, se muere haciéndome casi jurar que nunca me casaré con aquella infeliz, y me suicido moralmente, y vivo en la desesperación... ¡Pues venga el demonio y me lleve! ¡Venga vino, que hace olvidar; vengan juelgas, vengan jaleos! No me dejaron ser serio y honrado, ¡pues á la vida del perdido! ¿Y tú, que sabes todo esto, viejo estúpido, me llamas perdido también? (Manuel cruza las manos en actitud suplicante.) Bueno, por esta noche te quedarás aquí á servir la cena, y mañana á la calle! ¡Para embriagarme y olvidar no necesito á nadie, á nadie, á nadie!

MAN. ¡Por el amor de Dios!

CAR. ¡Nada, hombre, nada; si aquí no ha pasado

nada! Vaya, (Muy excitado, con falsa alegría y haciendo lo que va diciendo muy deprisa.) á preparar el tinglado, aquí el pollo, aquí las botellas, aquí las sillas; la guitarra á la vista, acá los cantaores... quita ese biombo, que aquí al amor del fuego, en este sillón, donde caben dos, con la niña bonita juntito á mí, me río yo del mundo y viva el placer y viva la alegría... ¡¡¡Mi Madre!!! (Al decir «quita el biombo» lo habrán quitado los dos y puesto á un lado. En seguida Carlos volverá hacia el público el sillón, y aparecerá á la vista del espectador la Duquesa dormida. Debe ser una señora con la cabeza toda blanca. Tendrá en una mano un bastón, en la otra un crucifijo pequeño. Es preciso que las frases de Carlos vayan seguidas, febriles, que vuelva de pronto el sillón y que la vista de la madre no le dé lugar á pausa y diga las dos palabras «Mi madre.» aterrado, aniquilado por la sorpresa.)

MAN. (Ya hemos llegado al momento supremo.)

CAR. ¡Mi madre! (Todo esto hasta que la Duquesa despierta, en voz muy baja y todo muy dramático; estúdiese bien para que resulte interesante.) Y tú, infame, sabías que estaba aquí... ¡Tú lo sabías!

MAN. Sí, señor; pero le juré no decirlo.

CAR. ¡Mi madre! ¡No, no lo sueño, no!

MAN. La señora Duquesa recibió ayer una carta anónima avisándole lo que aquí sucede por las noches...

CAR. ¡Jesús!

MAN. Bajó á las doce, arrastrándose, pálida... se había levantado aprovechando el sueño de las señoritas, rendidas por dos noches de velarla...

CAR. Dios mío... Dios mío... (Siempre en voz baja, sollozando.)

MAN. Llegó y me dijo: Quiero saber si es verdad; mi hijo es muy bueno, acaso le pervierten sus amigos... voy á esperarle junto á su lecho, si es verdad que trasnocha... ¡quién sabe! tal vez viéndome en vela tendrá compasión de mí... Y se sentó ahí, y se quedó dormida...

CAR. Duerme...

MAN. Acaso por la primera vez hace muchas noches... Entró tan fatigada...

CAR. ¡Pues, calla, no hagamos ruido! ¡Cuando despierte le dirás que he entrado á las doce y media... Se lo dirás, ¿verdad que se lo dirás, Manuel?

MAN. ¡Oh, sí, señor, sí! (Oyese gran ruido de voces y risas á la ventana y golpes. De fuera dicen. ¡Carlos! ¡Carlitos! Se oye también un poco de rasgueo de guitarra y carcajadas.)

CAR. ¡Ellos! (A Manuel.) Cúbrela con tu cuerpo, va á despertarse... (Corriendo á la ventana y entreabriéndola.) ¡Chist! (Suplicante) ¡Chist! (Todo esto siempre en voz baja.) ¡Irse! ¡Marcharse! ¡No puedo!... ¡Idos! (Suenan carcajadas.) ¿Dónde van? ¡Van á entrar! ¡Ah, que le dí la llave á mi primo... ¡Corre! (A Manuel.) No, no, yo iré... ¿Duerme aún? Van á entrar aquí... Si mi madre los ve... (Cogiendo un revolver que habrá sobre un mueble.) ¡me mato!

CAR. ¡¡Ah!! (Se abre la puerta derecha foro y aparece un grupo (que hay que componer muy bien), y es el siguiente: En medio, adelantándose hacia la escena, una mujer muy guapa, con pañolón de Manila y flores á la cabeza: detrás dos señoritos y tres ó cuatro flamencos, con paveros, y uno de ellos con guitarra. Al verlos, Carlos, con los brazos extendidos, los detiene.) ¡¡Atrás!! (En voz baja y sumamente dramático. Todos los personajes quedarán parados, asombrados, mirándose unos á otros.) ¡Atrás, por Dios! No, no os amenazo, este revólver... es para mí, si dais un paso. Idos, idos pronto, pedidme lo que querais, enojáos conmigo, llamadme como os parezca, pero esta noche, y ya siempre, este recinto es sagrado... Por lo que más querais... salid. (Lo dice medio de rodillas. Todos los personajes retroceden en silencio, con gran respeto; hágase esto muy bien, para que resulte conmovedor. Carlos cierra de prisa la puerta y la ventana. La Duquesa se mueve en el sillón.)

MAN. ¡Va á despertar!

CAR. ¡Espera! (A toda prisa abre la cama y se mete en ella vestido.) Le dirás que entré muy temprano...

DUQ. (Medio dormida.) Carlos. . hijo mío...

CAR. ¿Qué dijo?

MAN. ¡Chiiiist!

DUQ. Carlos... (Se deja caer el bastón, y al ruido que hace, despierta. Manuel dice:)

MAN. Señora...

DUQ. ¿Eh? ¡Ah!... ¿Eres tú? ¿Qué hora es?

MAN. Son las dos, señora Duquesa...

DUQ. ¡Las dos!... ¿Y mi hijo no ha entrado todavía? (Carlos desde la cama hace señas á Manuel indicándole lo que debe decir.)

MAN. ¡Ya lo creo! Hace hora y media que duerme... (La Duquesa, apoyada en Manuel, se levanta y se vuelve á mirar hacia la cama. Carlos, al ver esto, se zambulle y se tapa. Este efecto puede ser cómico.)

DUQ. ¿De veras? (Muy contenta.) ¿A qué hora se retiró?

MAN. (Carlos vuelve á hacer señas á Manuel.) Diez minutos después de que la señora Duquesa se quedara dormida.

DUQ. ¡Y he dormido... sí, he dormido bien!... ¡Calumniadores! ¡Inventar que mi hijo hace mala vida!...

MAN. Entró á su hora de costumbre, leyó su libro de oraciones...

CAR. (¡Dios mío, si lo pide... es un libro imposible!)

DUQ. Muy bien.

MAN. Y me prohibió que despertara á la señora.

DUQ. ¡Como que es muy bueno! (Carlos hace señas para que Manuel diga que sí.)

MAN. Sí, señora, muy bueno. (La Duquesa va hacia la mesa, apoyándose en el bastón.) ¡Una cena! (Viendo la cena preparada. Carlos, sentado en la cama, hace gestos, explicándole á Manuel que diga que la cena es para la Duquesa y su hijo. Hágase muy en serio que ello resultará cómico y no perjudicará en nada a la situación.)

MAN. Sí, señora. El señor pensó que la señora despertaría muy débil y con lo que había preparado para las carreras de mañana, improvisó una cena.

DUQ. ¡Todo lo piensa! Pues á fe que si no durmiera... (Carlos hace señas á Manuel de que le despierte.)

MAN. ¡Ah! Pues no hay ningún ma! Me ordenó que le despertara si la señora despertaba...

DUQ. Déjale, déjale, ¡no faltaría más!

MAN. ¡Señor, señor! (Tocando á Carlos para despertarle.)

DUQ. ¡Vaya! ¡Ya lo arreglaste tú!

CAR. ¡Qué, qué es eso! (Haciendo como que despierta.)

DUQ. (Muy cariñosa.) Una visita.

CAR. ¡Ah! ¿Eres tú, mamá? ¿Ya despertaste? Espera, no mires para acá, que me visto en un vuelo.

DUQ. Pero no te levantes... yo me voy allá arriba.

CAR. ¡No faltaría más! ¡Cuando tú te has incomodado en bajar hasta aquí... (Todo esto lo dice detrás de la colgadura y como si estuviera vistiéndose.) ¿Y por qué has bajado tú aquí? ¿Qué ocurre, qué sucede? Yo no quise despertarte, pero en verdad que no lo comprendo... Ea, ya estoy. (Saliendo.) Aquí me tienes... (Va junto a ella y le besa la mano. La Duquesa, mirandole fijamente, dice:)

DUQ. Carlos, dime la verdad. ¿Eres tú de los que trasnochan, beben y juegan?

CAR. ¡Oh, no, madre, no!

DUQ. Mi vida no puede ser muy larga... Yo te he velado esta noche á ti, ¿quieres velar tú en adelante á mi lado?

CAR. ¡Oh, sí, todas las noches!

DUQ. Y si vivo para cuando vuelvan aquellos de Cuba...

CAR. ¿Qué?...

DUQ. Que están en camino...

CAR. ¿De veras? ¿Inés vuelve? ¡Oh, Dios mío!

DUQ. Me velaréis juntos.

CAR. Madre mía, ¡qué buena eres! ¡Qué noticia me traes!...

DUQ. ¿Me lo prometes?

CAR. ¡Te lo juro!

DUQ. Bueno, pues ya que eres tan galante, dame, no de eso, que te lo vas á comer tú, sino un caldo caliente...

CAR. ¡Corre, Manuel, corre, tráelo en seguida! (Manuel se va.)

DUQ. Y un beso en la frente, que hace más de un

mes que no me le das... Sin duda como te acuestas tan temprano...

CAR. Eso, eso es, mamá, como me acuesto tan temprano... ¡Pues toma uno, y dos y cien, y bendita seas! (La besa varias veces en la frente.)

DUQ. Y cenemos tranquilos y dichosos. (Se sienta Carlos á su lado, y comienza á partir el pollo, diciendo:)

CAR. ¡Oh, sí, muy dichosos! (La Duquesa le dice cariñosamente:)

DUQ. Hijo mío, desde que no me ves has perdido muchas buenas costumbres... (Se levanta y se santigua.)

CAR. ¡Ay, mamá... es verdad! (Hace lo mismo.)

DUQ. Con un hijo así, ya me puedo morir tranquila.

CAR. ¡Oh, madre mía, madre de mi alma! (Deja caer su cabeza en el hombro de su madre, que le besa en los cabellos.)

TELÓN

OBRAS DE D. EUSEBIO BLASCO

DRAMÁTICAS

Vidas ajenas.
La niñez engañosa.
La antigua española.
La mujer de Ulises (1.ª edición).
La tertulia de Constanza.
El joven Telémaco (4.ª edición).
Un joven audaz (1.ª edición).
El amor constipado (2.ª edicion)
El vecino de enfrente (3.ª edición)
La suegra del diablo.
Pablo y Virginia.
Los novios de Teruel.
Los caballeros de la tortuga.
El oro y el moro.
Los progresos del amor.
La señora del cuarto bajo.
El pañuelo blanco (4.ª edición).
No la hagas y no la temas (2.ª ed.)
La mosca blanca (2.ª edición).
Los dulces de la boda (2.ª edición).
La corte del rey Reúma.
La humanidad doliente.
El miedo guarda la viña.
La rubia.
El baile de la Condesa.
Pascuala.
La procesión por dentro.
Parientes y trastos viejos.
Levantar muertos (1).
El anzuelo.
Jugar al escondite.
Hablemos claro.
Los niños y los locos...
La rosa amarilla.
De prisa y corriendo (1).
Juan García.
Pobre porfiado (5.ª edición).
Las niñas del entresuelo.
El bastón y el sombrero.
Soledad.
Ni tanto ni tan poco.
Buena, bonita y barata.
El primer galán.
Moros en la costa.
Todo por el arte.
¡Si yo tuviera dinero!
Día completo.
¡Ultimo adiós! (3.ª edición)
El centinela.
Cabeza de chorlito.
La posada de Lucas.
El guapo rondeño.
El capitán Marín.
El secreto.
Juan León.
¡Duerme!
El Angelus.
Los dos sueños.
El mensajero de paz.
¡Madre mía!

(1) En colaboración con D. Miguel Ramos Carrión.

NO DRAMÁTICAS

Obras festivas en prosa.—*Cuentos alegres.*—*Madrid por dentro y por fuera* (1).—*Una señora comprometida* (Segunda edición).—*Los dulces de la boda* (Novela) —*Esto, lo otro y lo de más allá.*—*Soledades* (Poesías).—*Flaquezas humanas* (Cuentos y relaciones).—*Noches en vela* (Poesías).—*Mis devociones.*—*Mis contemporáneos.*—*Epigramas.*—*Malas costumbres* (Poesías festivas).—*Ellos y ellas.*—*El modernismo en Francia.*—*Conferencias en el Ateneo de Madrid sobre Bretón de los Herreros.*— *París íntimo.* — *Recuerdos.* — *Corazonadas* (Poesías nuevas).

EN PRENSA

MEMORIAS DE CUARENTA AÑOS

PUBLICACIÓN BISEMANAL CON GRABADOS

(1) Obra en colaboración con varios escritores.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales de esta Galería ó acudiendo al editor, que concederá rebaja proporcionada al pedido á los libreros ó agentes.